

Y ahora, desde aquí

por Jose Luis de Vilallonga

Turistas

Sorpresa. Estoy tomando café en la estupenda señora junto a la chimenea de mi biblioteca, cuando nos anuncian con cierta vaguedad la visita de dos personas que llegan de París. "Que pasen", contesto con la curiosidad de aquel inglés a quien su criado venía de anunciar: "Las sirenas, milord", durante la guerra. Sorprendido, veo entrar a **M. et Mme. Dupuy**, mis porteros franceses del Parc Monceau. Cuando no ejerce de portero, M. Dupuy parece un figurante en una de esas superproducciones americanas en las que **Gene Kelly** baila con un paraguas en la escalinata del **Sacré-Cœur**. Traje azul oscuro, zapatos amarillentos, guantes negros y boina enrollada bajo el brazo. Madame Dupuy, víctima esclavizada de la prensa femenina del grupo **Filippachi**, viste un "faux-Chanel-boutique" que me incita a mirarla por primera vez como si se tratara de verdad de una mujer. Están en Madrid —me explican— desde hace más de una semana. Nunca hasta ahora habían viajado "tierras adentro" en la Península Ibérica. Como el 70 por ciento de los franceses que están enamorados de España, sólo conocían Barcelona, Cadaqués, Irún y San Sebastián.

—Mientras duró la dictadura —me dice M. Dupuy con rostro de viejo resistente— nunca quisimos darle al régimen nuestra caución moral viniendo hasta Madrid.

Con una copa de coñac en la mano, M. Dupuy admite que Madrid "est devienne une grande ville cosmopolite". **Mme. Germaine** añade que es una ciudad muchó más barata que París, que se come muy bien, que sus parques son preciosos y que la circulación no es tan terrible como le habían dicho.

—Lástima —se queja— que casi todas las mujeres vayan vestidas de campesinas rusas, con unas faldas estampadas de colores tristísimos y con botas de montar a todas horas del día y de la noche. **C'est dommage!** En cambio —asegura—, los hombres van más cuidados que en París, aunque pululen los barbudos, lo cual significa que también aquí tienen ustedes su lote de acomplejados.

A M. Dupuy le ha decepcionado mucho el Museo del Prado.

—La pintura española que hay allí es estupenda, pero eso, claro, es natural. Los cuadros venecianos y flamencos son también de excelente calidad. Pero he visto muy poca pintura florentina y holandesa. En cuanto a mis paisanos y a los ingleses, están muy me-

diocrementemente representados. A mi gusto, el Ermitage de Leningrado, siendo un museo quizá menos rico, es mucho más armonioso.

—Sí —interviene Mme. Germaine—, pero está mucho mejor calentado el Prado.

Como ni la estupenda señora de **Vilallonga** ni yo hemos estado en Leningrado, no podemos opinar. Según nos dicen, los Dupuy han sabido aprovechar el tiempo desde que llegaron a Madrid.

—Ya sabe usted —explica Mme. Germaine con risueña condescendencia— que la gran pasión de mi marido es la política, o mejor dicho, los hombres políticos. La otra mañana nos pasamos más de una hora delante del número 73 de la calle Lagasca para ver de cerca al **conde de Motrico**, al que hablamos visto pasar un día delante de nuestra portería cuando era embajador en París. Es todavía un hombre de muy buen ver. Y un verdadero gran señor. Además...

—Según **Montesquieu** —interrumpe, irónico, M. Dupuy— un gran señor es un hombre que ve al **Rey**, habla con los ministros, tiene antepasados y deudas y vive disfrutando de pensiones del Estado. Yo no sé —sigue diciéndolo M. Dupuy, siempre sarcástico— si M. de Motrico ve al **Rey** y habla con ministros, pero lo que sí sé es que a pesar de tener antepasados, su aspecto no es precisamente el de un hombre abrumado por sus deudas y que necesite pensiones del Estado para vivir. En realidad, lo que tiene, es un físico de derechas.

No sé a qué viene tanta lógica y

tanto cartesianismo, pero a Mme. Germaine parece gustarle que su marido hable así. A mí también, porque un portero que cita a Montesquieu, aunque sea francés, me arrebató.

—También fuimos —añade Mme. Germaine— a la calle Castelló a ver salir de su despacho a **M. Carrillo**.

—¿Y salió?

—¡Hecho un príncipe! —contesta M. Dupuy—. Traje de franela gris de corte inglés, corbata club y mocasines italianos. Si no tuviera uno siempre presente aquel feo asunto de Paracuellos del Jarama, se le podría confundir con el líder de un gran partido conservador. Y —como dicen ustedes— ¡qué cojones tiene el tío! Salió solo, sin escolta, y echó a andar calle arriba como si tal cosa.

—¿Y a quiénes más han visto ustedes salir? —pregunta finamente la estupenda señora de Vilallonga. Sin imutarse, Mme. Germaine nos informa:

—Pues, entre otros, a **don Antonio García Trevijano**, aquel señor tan simpático que venía a comer a casa de ustedes, en París, en las épocas de la Junta. Le encontramos un aire muy triste, como si el haber abandonado la política le hubiese desvitalizado. En cambio, a **Felipe González** —le vimos al salir de las Cortes— parece que todo le vaya bien. Ha engordado.

—Es un chico muy inteligente —comenta M. Dupuy—, pero no me parece que su partido responda a la idea profunda que él se hace de lo que ha de ser, en este país, el socialismo. Yo le veo a M. González como un futuro gran socialdemócrata, un **Schmidt** a la española, algo parecido a lo que será un día en Francia **Michel Rocard**.

No cabe duda que M. Dupuy es un portero bastante excepcional. Le pregunto, interesado:

—Y ahora que llevan ustedes varios días en el país, ¿qué les parece nuestra flamante democracia?

M. Dupuy se pone muy serio:

—Esto de aquí no es una democracia. En una democracia de verdad no se matan militares, ni se ponen bombas en los periódicos, ni se asesina a inocentes por razones políticas. Esto no es una democracia porque aquí no gobierna nadie por miedo de gobernar. La democracia, monsieur, consiste en respetar las libertades de todos, pero aceptando que la libertad individual acaba allí donde se atenta a la libertad del vecino. Esta democracia se puede ir —¿cómo dicen ustedes?— al carajo, por falta de autoridad. **Et ce serait vraiment dommage.**

¡Caramba con los turistas!

